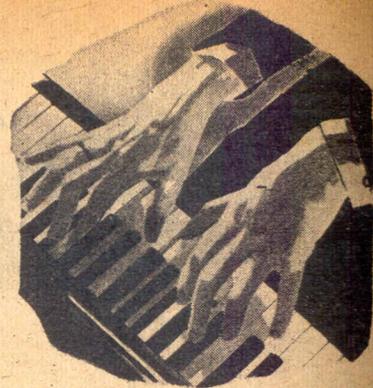


# VIDA romántica de CHOPIN

1202

ANDRÉ MAUROIS



**M**OIA biéda... Mi desgracia... Si, la ruptura con Maria fué la gran desgracia de su vida. Con ella había esperado poder crear una familia, encontrar la felicidad tranquila y segura que conoció en casa de sus padres. Sin ella, volvía a ser, en París, un exilado. De ese tiempo data el comienzo de su enfermedad del pecho. La tuberculosis pulmonar hizo grandes estragos entre los suyos; estaba predispuesto a contraerla; la tristeza le quitó la fuerza de resistir.

Naturalmente, el color había acrecentado aún más su genio, y oírlo improvisar era, para los más grandes artistas, una impresión inolvidable. Únicamente unas pocas bujías iluminaban el piano; el fuego de la leña, en la chimenea, arrojaba algunos reflejos moribundos. Los muebles, cubiertos de fundas blancas, tenían el aire de fantasmas aletos. Liszt, Enrique Heine, Eugenio Delacroix y el poeta polaco Mikiewicz escuchaban ese sublime ensueño. En un sillón, estaba una mujer de treinta y cuatro años, vestida de hombre, que fumaba un cigarro y a quien había traído Liszt.

—¿Quién es? —preguntó Chopin, cuando ello hubo partido.

—Jorge Sand, la famosa novelista.

—¿Qué mujer antipática!

Pero se equivocaba. Jorge Sand, ciertamente, era una mujer muy distinta de las graciosas polacas que había admirado tanto; pero, como él, tenía talento y también mucha generosidad. Cuando lo vio tan enfermo y desventurado, se empeñó en curarlo y le ofreció su amistad.

Separada de su marido, el barón Dudevant, tenía dos hijos: Mauricio y Solange. El médico le recomendó que lo hiciera pasar el invierno en una región de clima menos duro que el de París. Ella se propuso llevar a las islas Baleares en el Mediterráneo, a tres hijos: Federico, Mauricio y Solange. Chopin la dejó hacer. Carecía de energía para resistir esa voluntad, más fuerte que la suya, y, además, sentíase tentado por el calor, por el sol, por el mar, por el cielo azul. ¡Ay, qué decepción! Llegaron a Mallorca (la mayor de las islas Baleares) en la estación del viento y de las lluvias. La isla, cubierta de palmeras, era muy hermosa, con sus montañas color de esmeralda y sus casas árabes; pero no había en ella un hotel.

¿Dónde alojarse? Por cien francos por mes, un señor Gómez les alquiló la Casa del Viento. El nombre no podía ser más apropiado. Sus paredes eran tan delgadas, que el techo de paja se hinchaba como una

esponja y el viento helado barría los cuartos. No había ni hogar para encender fuego. Chopin comenzó a toser peligrosamente. El señor Gómez tuvo miedo de contagiarse y aconsejó a los viajeros que fueran a vivir, en la montaña, a la Cartuja de Valdemosa.

Era ésta un antiguo convento aislado, construido en la altura, en un bosque de naranjos y limoneros. Alquilaron allí tres celdas: una para Chopin y su piano; otra para Jorge Sand, una para los niños. Esteras de paja y pieles de cordero cubrían el suelo. El mal tiempo hacía muy difíciles las comunicaciones con la ciudad.

Los torrentes, aquí, construyen los caminos y los aludes los conservan, decía Chopin.

El pan llegaba empapado de lluvia. La comida, condimentada de pimienta y ajo, que les preparaba una sirvienta mallorquina, enfermaba a Chopin. El convento era de una espantosa tristeza. Chopin, muy nervioso y sensible, decía que ese convento estaba lleno de fantasmas.

Jorge Sand y sus hijos, que se hallaban muy sanos y hacían largas caminatas por la montaña, al regreso encontraban a Chopin "pálido ante su piano, los ojos despavoridos y erizados los cabellos". Hacía un esfuerzo para volver a la tierra y les tocaba cosas sublimes que acababa de componer y que tenían por tema su soledad, su tristeza y sus terrores. Esas "cosas sublimes" eran los Preludios. Estaban llenos de cantos fúnebres para los monjes muertos, pero también de la risa de los niños, del rasgueo lejano de guitarras españolas y "de coros de pá-

mo, el admirable Preludio de la Gota de Agua. Viéndolos entrar, profirió un fuerte grito y luego dijo, con aire descarriado:

—¡Ah, bien sabía que todos ustedes estaban muertos!...

Poco a poco recobró la lucidez. Sus amigos sólo estaban mojados por la lluvia. Les narró su sueño y les tocó el Preludio.

—¿Cómo se oyen en él —dijo Jorge Sand— las gotas de agua que caen rítmicamente sobre el techo!

Pero Chopin negó, incluso, que las hubiera oído. No gustaba hablar de las fuentes de su música. Y tenía razón. Son ellas misterios a los que un artista sólo debe referirse con prudencia.

Su composición de esa noche —escribió Jorge Sand— estaba bien llena de gotas de lluvia, que resonaban sobre las tejas sonoras de la Cartuja, pero se habían trastrocado en su imaginación y en su canto en lágrimas que caían del cielo sobre su corazón...

Otra vez, como los monjes descendieran de la colina cantando a coro un salmo, se levantó una tempestad. Por un instante, el coral pareció creado por el viento. Chopin, en un Estudio en la menor, describió la lucha entre la fe que afirma su poder, por el canto, y las fuerzas naturales.

Había venido a las Baleares para curarse; sentíase mucho peor que en París. Después de algunos meses, Jorge Sand y él mismo resolvieron regresar. La carreta que los condujo a Palma los sacudió tanto, que Chopin tuvo aterradores vómitos de sangre. Afortunadamente, el cónsul francés pudo llamar al médico de un



ella, volvía a ser, en París, un exilado. De ese tiempo data el comienzo de su enfermedad del pecho. La tuberculosis pulmonar hizo grandes estragos entre los suyos; estaba dispuesto a contraerla; la tristeza le quitó la fuerza de resistir.

Naturalmente, el dolor había acrecentado aún más su genio, y oírlo improvisar era, para los más grandes artistas, una impresión inolvidable. Únicamente unas pocas bujías iluminaban el piano; el fuego de la leña, en la chimenea, arrojaba algunos reflejos moribundos. Los muebles, cubiertos de fundas blancas, tenían el aire de fantasmas aletos. Liszt, Enrique Heine, Eugenio Delacroix y el poeta polaco Mikiewicz escuchaban ese sublime ensueño. En un sillón, estaba una mujer de treinta y cuatro años, vestida de hombre, que fumaba un cigarro y a quien había traído Liszt.

—¿Quién es? —preguntó Chopin, cuando ello hubo partido.

—Jorge Sand, la famosa novelista.

—¿Qué mujer antipática!

Separada de su marido, el barón Dudevant, tenía dos hijos: Mauricio y Solange. El médico le recomendó que lo hiciera pasar el invierno en una región de clima menos duro que el de París. Ella se propuso llevar a las islas Baleares en el Mediterráneo, a tres hijos: Federico, Mauricio y Solange. Chopin la dejó hacer. Carecía de energía para resistir esa voluntad, más fuerte que la suya, y, además, sentíase tentado por el calor, por el sol, por el mar, por el cielo azul. ¡Ay, qué decepción! Llegaron a Mallorca (la mayor de las islas Baleares) en la estación del viento y de las lluvias. La isla, cubierta de palmeras, era muy hermosa, con sus montañas color de esmeralda y sus casas árabes; pero no había en ella un hotel.

¿Dónde alojarse? Por cien francos por mes, un señor Gómez les alquiló la Casa del Viento. El nombre no podía ser más apropiado. Sus paredes eran tan delgadas, que el techo de paja se hinchaba como una

Era ésta un antiguo convento aislado, construido en la altura, en un bosque de naranjos y limoneros. Alquilaron allí tres celdas: una para Chopin y su piano; otra para Jorge Sand, una para los niños. Esteras de paja y pieles de cordero cubrían el suelo. El mal tiempo hacía muy difíciles las comunicaciones con la ciudad.

Los torrentes, aquí, construyen los caminos y los aludes los conservan, decía Chopin.

El pan llegaba empapado de lluvia. La comida, condimentada de pimienta y ajo, que les preparaba una sirvienta mallorquina, enfermaba a Chopin. El convento era de una espantosa tristeza. Chopin, muy nervioso y sensible, decía que ese convento estaba lleno de fantasmas.

Jorge Sand y sus hijos, que se hallaban muy sanos y hacían largas caminatas por la montaña, al regreso encontraban a Chopin "pálido ante su piano, los ojos despavoridos y erizados los cabellos". Hacía un esfuerzo para volver a la tierra y les tocaba cosas sublimes que acababa de componer y que tenían por tema su soledad, su tristeza y sus terrores. Esas "cosas sublimes" eran los Preludios. Estaban llenos de cantos fúnebres para los monjes muertos, pero también de la risa de los niños, del rasgueo lejano de guitarras españolas y "de coros de pájaros bajo la fronda húmeda".

Un día en que Jorge Sand y sus hijos fueron a la ciudad para hacer compras, estalló un terrible huracán. Sobre Valdemosa se abatieron torrentes de lluvia. Chopin, sentado al piano, oprimido por la inquietud, abrasado por la fiebre, adormeciéndose a medias. Del techo caían gotas de lluvia con un ruido monótono, con ritmo, sobre las baldosas. Soñó que estaba muerto, ahogado en un lago, y que gotas pesadas y frías caían sobre su corazón. Sin que lo supiese sus manos corrían por el teclado y el ritmo de las gotas convertíanse en tema de un Preludio.

Cuando Jorge Sand y sus hijos regresaron, después de pasar el huracán, encontraron a Chopin al piano. Lloraba y tocaba, para él mis-

sus amigos... por la lluvia. Les narró su sueño y les tocó el Preludio.

—¿Cómo se oyen en él —dijo Jorge Sand— las gotas de agua que caen rítmicamente sobre el techo!

Pero Chopin negó, incluso, que las hubiera oído. No gustaba hablar de las fuentes de su música. Y tenía razón. Son ellas misterios a los que un artista sólo debe referirse con prudencia.

Su composición de esa noche —escribió Jorge Sand— estaba bien llena de gotas de lluvia, que resonaban sobre las tejas sonoras de la Cartuja, pero se habían trastrocado en su imaginación y en su canto en lágrimas que caían del cielo sobre su corazón...

Otra vez, como los monjes descendieran de la colina cantando a coro un salmo, se levantó una tempestad. Por un instante, el coral pareció creado por el viento. Chopin, en un Estudio en la menor, describió la lucha entre la fe que afirma su poder, por el canto, y las fuerzas naturales.

Había venido a las Baleares para curarse; sentíase mucho peor que en París. Después de algunos meses, Jorge Sand y él mismo resolvieron regresar. La carreta que los condujo a Palma los sacudió tanto, que Chopin tuvo aterrores vómitos de sangre. Afortunadamente, el cónsul francés pudo llamar al médico de un navío de su bandera, quien salvó al enfermo. Algunos días más tarde llegaron a Marsella:

En fin, ¡heme de nuevo en Francia! —escribió Jorge Sand a una amiga—. Un mes más y nos moriríamos en España. Chopin y yo: él, de melancolía y disgusto; yo, de cólera e indignación.

Permanecieron algún tiempo en Marsella, yendo hasta Génova; pero Chopin ya sólo alentaba un deseo: estar tranquilo. La vida que amaba era una vida de ensueño, de música, de largas conversaciones amistosas. Jorge Sand le ofreció hospitalidad en la propiedad de campo que poseía en Nohant, en el Berry. Era una comarca simple y monótona, con grandes nogales, senderos umbrosos y casitas de campesinos rotas de parrales.

